

«Occidente»: la apatridia como existencia

Luis Flores

En el proceso de configuración de «Occidente» como Cultura, hoy ya planetaria, han continuado permanentemente activas ciertas claves muy reconocibles en la larga historia de su pensamiento, rastreables desde el origen mismo de éste y que nos han servido, a manera de *huellas*, para guiar nuestra comprensión de sus modos medulares de ser, pensar y de actuar. Poner, pues, en una íntima relación ese cierto destino suyo de tragedia respecto a la experiencia de lo sagrado —y su indisoluble máscara de nihilismo—, dilucidar en su seno el esencial papel del tiempo mítico y la experiencia de un existir para la muerte, mostrar las sendas visibles en la historia de una conciencia infausta colonizada por la sola pulsión de dominio hacia toda posible alteridad que sacie para siempre la ontológica sed de su insaciable *Logos*, son algunas de las ideas que creemos básicas y que trataremos de exponer a lo largo de cuanto sigue.

La condición de un devenir.

El origen asirio del concepto «Europa» como «Tierra del crepúsculo» o «Tierra de oscuridad», a la cual el místico iraní Shoravardi llamaría la «Tierra del exilio» y los egipcios la Tierra en la que el sol se oculta, el tenebroso Horizonte que el dios Ra habrá de atravesar para nacer de nuevo, son todas ellas definiciones que aparecen como una clarividente premonición de su destino.

Ya desde el mítico secuestro de la princesa Europa por el dios Zeus en el onírico escenario intersticial del mar fenicio hubo en el modo de «lo europeo» una irrefrenable pasión por la *posesión* de lo ajeno, de la alteridad. Primero el alfabeto, y por el lenguaje el «alma», y después todo el resto. Lo «civilizatorio» de lo que nombramos como «Europa» se construyó, a través de los milenios, por el sistemático proyecto del *secuestro*, de la desposesión, de la impugnación, de la confrontación y la *carencia*, como matriz ontológica de una voluntad de dominio metodizada en la lógica de la guerra y escenificada en la tecnología de la muerte. «Europa»: factoría de imperios alimentados con la rapiña de lo otro, de lo ajeno. La *Europa-exilio* de un ser *camino*, de un *deve-*

nir otra cosa, de un existir hecho *viaje* sin meta, que recorre el interior de la palabra *indo-europeo*. *Eurasia*, ese espacio de una tragedia universal en la que se filtraría el oro de la dominación llamado «Europa». Del Oriente al Occidente, de la luz matinal hasta el ocaso: este es el *viaje* que conformó la mirada de un modo de ser exilio y degradación cerca de la oscuridad, para poder *soportar* la oscuridad. *Apatridia*, en suma, que forjó los primeros indicios en el desierto de un mundo sin voces que hablasen con el idioma del Dios.

A lo largo de sus más lúcidos escritos Husserl nos embarca en un esclarecedor y excepcional recorrido por esa tragedia universal que significa «Europa». La reflexiona como «la unidad de un vivir, obrar, crear espirituales: con todos los fines, intereses, preocupaciones y esfuerzos, con los objetivos, las instituciones, las organizaciones (...)», refiriéndola, en fin, como «la unidad de una estructura espiritual»¹. Esta estructura *espiritual* lo que muestra es «la idea filosófica inmanente a la historia de Europa, la teleología inmanente a ella, que se da a conocer en general desde el punto de vista de la humanidad universal como el surgimiento y el comienzo de desarrollo de una nueva época de una humanidad, de la época de una humanidad que en adelante sólo quiere vivir y puede vivir en la libre formación de su existencia y de su vida histórica a partir de ideas de la razón, hacia tareas infinitas»².

Contundentes palabras éstas que avanzan un replanteamiento radical en la actitud de adhesión a los «logros» de la ciencia, al cambio fatídico de orientación respecto a sus objetivos soñados. Cambio que, en virtud de su instrumentalización hacia la reductiva física-matemática inaugurada por Galileo y Descartes en el seno de su *Raciocentrismo*, «ha ejercido durante siglos una influencia nefasta»³. Aquella concepción de la Razón, encarrilada como «ciencia de hechos» por la dirección positivista del conocimiento, no haría más que obligar a la originaria e infinita realidad del *Lebenswelt* (Mundo de la vida) a convertirse en mero sistema reticular de los fenómenos físicos y psíquicos modificando así las perspectivas sobre una idea *humanista* del hombre y arrasando inexorablemente al sujeto concreto hacia la enajenación⁴.

Husserl, pues, será uno de los europeos que más arduamente haya luchado por una cierta reconquista de lo más original y creador del modo de ser de «lo europeo» y, a la vez, uno de los que más haya radicalizado, en su actitud filosófica, la búsqueda de una desenajenación del pensamiento cien-

¹ Cf. E. HUSSERL, *La filosofía en la crisis de la humanidad europea*, recogido en *La filosofía como ciencia estricta (Philosophie als strenge Wissenschaft)*, 1900), B. Aires, Nova, 1969, pp. 140-141.

² Cf. *Ibid.*, p. 141.

³ Cf. E. HUSSERL, *Meditacions cartésiennes* (1931), (*Meditaciones cartesianas*), I, 3.

⁴ Su obra póstuma *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental* supone en este sentido la constatación de su ataque a la extrema objetualización del conocimiento que ha desplazado quizá para siempre una inaplazable respuesta al problema esencial del autor: el problema del sentido, o más bien «la ausencia de sentido de la existencia humana» en la cual vemos sumergido a Occidente.

tifista —ejercido por el hacer hegemónico de la Razón tecno-científica— que rige toda la cultura de Occidente.

La meditada labor husserliana nos recuerda reiteradamente —como hace el buen pedagogo con los torpes y olvidadizos alumnos—, que la posible desenajenación del pensamiento pasa por un regreso a lo *originario* (entendido por él como la manera de conocer previa al proceso de objetualización instrumentalizadora de la Razón, y de la propia existencia del sujeto concreto). Situar en esa realidad del *Lebenswelt* se vuelve hoy la urgente tarea del modo de ser y conocer de «lo europeo». Una «Vida» referencial «que actúa conforme a fines, que crea formas espirituales: vida creadora de cultura, en el sentido más amplio, en una unidad histórica»⁵. Y sólo podremos llegar a ella cuando hayamos alcanzado eliminar del conocimiento «la fetichización factualista de las ciencias», cuando hayamos asumido interpretar la *Ratio* desde una perspectiva que prevalezca sobre la dictadura de la cuantificación homogenizadora del mundo, preliminar a toda forma de violencia desatada sobre él y contra él.

La certera crítica husserliana a las formas de psicologismo reductivo en la gnoseología se convierte, así, en un golpe consciente para derribar la moderna idea de Razón tecno-científica en nuestra cultura occidental, a fin de dotar al pensamiento de la «apertura» necesaria y apremiante al *Lebenswelt*. Apertura que nos aleje de la *fetichización* objetualista en que ha caído nuestra visión del mundo y nos acerque a la viva complejidad latente de las cosas, a un saber sobre el *ser* de las cosas, a una *fundada* ciencia sobre las cosas que no tome lo que el positivismo llama el mundo «objetivo» «por el universo de todo lo existente»⁶. Sólo así la «Tierra del exilio» sabrá liberarse de una subjetivización cosificadora, de un descenso del sujeto degradado a mero objeto, y sabrá renacer a lo que Husserl llama su «subjetividad trascendental» como el fondo originario del que emerge toda posible objetualidad, como el «fundamento» previo a toda realización en el mundo. Un «fundamento» que se hace visible en la forma inabarcable y cotidiana del *Lebenswelt*.

Este programa de *rehumanización* es, pues, el que se señala en la citada obra póstuma de Husserl, *La crisis de las ciencias europeas*, y que permite conferir a la filosofía su verdadero destino: el de luchar «contra el uso alienante de las ciencias para la reconquista del significado del hombre, de su sociedad, de su historia»⁷.

En la convulsión desatada por el concepto de *Lebenswelt* como el espacio de un reencuentro alternativo de la *Ratio* con las cosas, el movimiento existencialista —impulsado por la fuerza de tal concepto—, afirmaría sin reservas el valor existencial de lo *singular*, de lo concreto *humano*. *Existir* será la medida moral y gnoseológica de la realidad; y toda concepción «eidética», todo

⁵ Cf. E. HUSSERL, *La filosofía en la crisis de la humanidad europea*, *Ibid.*, p. 136.

⁶ Cf. *Ibid.*, p. 66

⁷ Cf. E. PACI, *Función de las ciencias y significado del hombre*, México, F.C.E., 1968, p. 160.

«proyecto» histórico, toda «ciencia» sobre la verdad, habrán de aparecer contenidos en ese estado del *ser* que viene articulado no por el *pensamiento* sino por la *libertad*. Más allá de su *pensar*, el hombre consiste en un infinitamente *abierto existir*. Un existir en el que yo —nos dirá Kierkegaard— «es la síntesis consciente de infinitud y finitud, que se relaciona consigo misma, y cuya tarea consiste en llegar a ser sí misma, cosa que sólo puede verificarse relacionándose uno con Dios»⁸. Esa *subjetividad* occidental, ese *yo* central del modo de ser de «lo europeo» (...) «no es sí mismo mientras no se haga sí mismo, y el no ser sí mismo es cabalmente la desesperación»⁹.

El origen de esta *desesperación*, colectivamente escenificada en el tormentoso proceso de nuestra Cultura, hay que buscarlo desde Heidegger en el hecho del olvido de la verdad, en la especial relación mutilante impuesta por el *Lógos* griego entre el *ser* y el *pensar*. Una desesperación que ha llevado a configurar un modo de ser de «lo europeo» «en atroz ceguera y siempre a punto de apuñalarse a sí mismo»¹⁰.

Logos: oscuridad y olvido.

Desde la *fractura* griega el trabajo del *Lógos* reafirma una forma —ya metafísica— de trato con el *ser*. Un *ser* subsumido como trascendente en el *pensar* y el *decir*. La raíz de su dinámica histórica, que es fiel patentización de la violencia del *Lógos* y de su voluntad de dominio sobre las cosas, arranca de la manera inédita de explicitar desde el *pensamiento* la olvidada experiencia del *ser*. Desde un *pensamiento* robustecido en su evolución, Occidente construiría una definición cada vez más objetual para ese *ser* y una vinculación a él que ha condicionado en una estricta orientación todas las expresiones futuras de «lo europeo». Sucede así en el caso de la *técnica*: «La técnica es en su esencia —en la historia del ser—, un destino de la olvidada verdad del ser»¹¹.

En este proceso, la inauguración de la Modernidad despegada, como ya hemos señalado, a partir del *Raciocentrismo* barroco significaba la revelación de una extrema subjetividad determinadora, coronada por la *cuantificación* y la *objetualización*, como medida y valor de lo real; por la *verdad* como lo cierto, lo seguro, lo útil; por el *pensamiento* como un mero conocer de representaciones y por el *lenguaje* como la empobrecida reproducción semántica de los fenómenos. La majestad absolutista de este *cogito* moderno se asentaría

⁸ Cf. S. KIERKEGAARD, *Sydommen Til Doeden (La enfermedad moral)* 1849, en *Gesamtelte werke (Obras y papeles de Soren Kierkegaard)* 1952, trad. cast., Madrid, Guadarrama, vol. VII, p. 75.

⁹ Cf. *Ibid.*, pp. 83-84.

¹⁰ Cf. M. HEIDEGGER, *Einführung in die Metaphysik*, (1953), trad. cast. *Introducción a la metafísica*, B. Aires, Nova, 1969, pp. 75-76.

¹¹ Cf. M. HEIDEGGER *Brief über den Humanismus* (1946); trad. cast. A. W. de Reyna, *Carta sobre el humanismo*, Chile, s.f., p. 199.

sobre la objetivación de la técnica que al desplegarse como *Segunda Naturaleza* mostraría en su lógica devastadora el verdadero rostro de un sujeto experiencial perdido en las marañas de una metafísica engendrada y hundida por y en el olvido del *ser*. Una lógica certeramente definida en estas rotundas palabras de Hiedegger escritas ya en 1929: «La decadencia espiritual de la tierra ha ido tan lejos que los pueblos están amenazados por perder la última fuerza del espíritu, la que aún permitía ver y apreciar la decadencia como tal (pensada en relación con el destino del «ser»). Esta simple comprobación no tiene nada que ver con el pesimismo cultural ni tampoco, es obvio, con el optimismo. En efecto, el oscurecimiento del mundo, la huída de los dioses, la destrucción de la tierra, la masificación del hombre, la sospecha insidiosa contra todo lo creador y libre, ha alcanzado en todo el planeta tales dimensiones que categorías tan pueriles como el pesimismo y el optimismo se convirtieron, desde hace tiempo, en risibles»¹².

La visión *instrumental* del mundo, en tanto que objeto *manipulable*, que domina las realizaciones de la *Ratio* tecno-científica cancela o arroja fuera de sí cualquier otra forma de *sentido* y de experiencia de lo real. La técnica, en esa perspectiva, denota pues la manifestación que desvela un *ser* interpretado como «calculabilidad, utilidad y rendimiento». Sin embargo, por encima de esta cosificación hegemónica de la realidad, por encima de esta violencia con que el *Lógos* se impone sobre *lo otro* inerte y materializado y —en tanto que alteridad— lo conforma a su imagen, la mayor de las amenazas —ya activa hace largo tiempo— reside en la *absolutización* de aquella visión *instrumental* del mundo al propio Hombre, en la orientación de todas sus genuinas expresiones creadoras hacia un cercenamiento del hombre dictado por la unívoca mecánica de su *Segunda Naturaleza*.

En y por la univocidad asistimos en el siglo XX al tiempo de máxima destrucción pero asimismo a la luz agónica de la más filtrada y fermentada conciencia. La lucidez en medio de lo arruinado es el sueño necesario de cada futura construcción.

En el territorio Hoy universal de lo ecléptico nos percibimos, deambulantes, como unidad capaz de contener ese estado de cosas del que nuestra semilla mejor forma parte.

«Europa» aparece así como *veneno* que nos vuelve tálamo cuando lo respiramos invadidos por su refractario centro, y *remedio* que nos aproxima al *origen* que fuimos cuando la fisura se extiende entre él y nuestra condición de *exiliados*. Comparece ante nosotros como irrenunciable cuando dejamos de habitar su centro, pero lo hace sólo en la fe del refugiado que mendiga su asilo¹³. En ese modo de ser de «lo europeo» late algo de generalidad espiritual

¹² Cf. *Ibid.*, *Introducción a la metafísica*, pp. 75-76.

¹³ Cf. Sobre este punto las pertinentes reflexiones de X. Zubiri marcan la clave: «La existencia humana está arrojada —escribe— entre las cosas, y en este arrojamiento cobra ella el arrojo de existir. La constitutiva indigencia del hombre, ese su no ser nada sin, con y por las cosas, es consecuencia de este estar arrojado, de esta su nihilidad ontológica radical». *Naturaleza, Historia y Dios*, Madrid, 1944, pp. 39 ss.

que nos atañe. La memoria del origen que hemos ido alejando de nosotros esconde la clave para interpretar los indicios, la escritura copulada de la diferencias. Y así deviene que lo común a todo «lo europeo» no es la experiencia de ontológico presente alguno o el bosque de sus lenguas sembradas en la patria de la antigua Asia, sino la *pérdida*, la *pérdida* de *algo* (*Et-Was*) y el acercamiento a todo *otro* que nació con esa *pérdida*. Un acercamiento que, en palabras de Hölderlin, nos introdujo en la experiencia inédita del «captarnos a nosotros mismos», de construir una representación del universo desde nuestra sola *subjetividad*. A mayor acercamiento a un sentido de los hechos captados desde un interior secuenciado, mayor alejamiento en la captación de *aquello* que, como signos reveladores, nos abre desde las propias cosas a la experiencia de lo *divino*.

«Captar» el mundo desde la subjetividad implicaría desde entonces legitimar la agresión como sistema de dominio. Aquel momento «griego» llega a ser como tiempo intersticial que trasvasa al Hombre desde una forma experiencial a otra: La pérdida de la quieta «apertura» al *ser* de las cosas se suple con el acercamiento a la frenética dominación de esas cosas reconstruidas por los organigramas de la *subjetividad*. Contra el resto de las culturas de la Tierra, Grecia modeló trágicamente su cósmica experiencia de *lo sagrado* constreñido en el *Lógos* de su *interioridad*. Y el modo de hacerlo visible se llamaría *Tēchnē*. Los frutos inagotables de una realidad sentida como manifestación de *lo divino* fueron cosechados y encajados dentro del límite, de la medida y, finalmente, administrados para servir de alimento a la propia fortaleza de la *subjetividad*. La «coronación» de Edipo simbolizaba, pues, la asunción colectiva del más trágico de los parricidios: aquel en el cual un *yo* adolescente e inseguro aniquila su propia matriz, apagando la luz que iluminaba sus pasos por la viva ciénaga del mundo y asumiendo irremediable en adelante, su propia carga de sombra *en viaje* hacia la muerte¹⁴.

El mundo enmudecido.

En adelante, el hombre griego cesó de «escuchar» a las cosas y aquella *Tēchnē* pasó a clausurarse en empobrecida *Técnica* que sólo activa la destreza para el gestor control de una realidad que ya no puede *decir* enmudecida para siempre por el *sujeto* ensimismado hacia su inaceptable finitud.

La última puerta de acceso a esa «escucha» vendrá definitivamente cerrada por la postulación del concepto de *ser* parmenídeo al conferirle la entidad del

¹⁴ Este paso a la adulta conciencia de la muerte personal como el fenómeno de la sombra, constitutiva por excelencia del *Dasein*, se hace lamento ya en el atormentado Job: «Acuérdate —reza— de que mi vida es un soplo, mis ojos ya no verán más la felicidad». Cf. *Biblia*, Job, 7, 1-21.

pensamiento y del lenguaje¹⁵. En este fatídico *olvido* nace el modo de ser de «lo europeo», unido al dolor entrevisto de su específica aniquilación. No supo reconstruir, inundado de futuro, más que su dosis de muerte en el fracaso de su eternidad. El ángel de su anunciación sin rostro le trajo también en el espejo de la *pérdida* la guía de su oscuro destino: La *histórica* danza de los modos culturales, la milenaria pluralidad de las conquistas naufragadas sobre un mar ensangrentado de fondo inaccesible que disuelve toda gloria en su violencia y vuelve contingente toda forma conformada para lo inmutable.

En el *olvido* «lo europeo» traduce su pasión y, en ésta, el modo inquieto de lo que ha nacido para durar poco y pasar pronto la antorcha en la gruta del mundo que ahora habrá de ser iluminada. Su condición de *devenir* ha sido la garantía en resurrecciones de una voluntad encadenada a su destino: el del alejamiento de sí en futuro o pasado, el de la dispersión hacia lo otro para de algún modo retenerse¹⁶.

Nunca más alojará en el presente su vida. La furia de todo reclamo y toda afirmación de su condición existencial le desplazará a la experiencia de la *intemperie* en las arquitecturas de sí mismo. Una modalidad de declive que aproximaba su lucidez a la firmeza dominante y que —como su negativo— su irracionalidad era revestida con la puesta en escena del *apolíneo* Discurso para su legitimación.

La identidad de «lo europeo» se da, por lo tanto, desde una estructura de la experiencia milenariamente custodiada. Del origen su ley nos trae también las horas epifánicas de su transgresión, horas de anhelo de recomienzo infinito en su conciencia que ya bajó a todas las muertes, a todos los declinamientos en la *apatridia* que es cerca de lo oscuro. «Europa» es ese anciano sueño que aún sueña erigir con su *egotismo* sobre la tierra estéril. Expectante y temerosa por lo iracundo de su propia lascivia aniquiladora. Extraña garantía para sobrevivir Hoy, Aquí, donde ese sueño se ha hecho mundo que cabila su culpa con miles de millones de entusiasmos desheredados. «Europa»: esa fe insostenible *amaestrada* en las reglas de la guerra, pero *salvaje* siempre cuando comparece a solas con el objeto divino del odio. El orden de su *Lógos* contra el desorden de su *Physis* hacia donde proyecta su interioridad y sus límites. El orden del *Lógos* que se impone con ira y en la forma de la violación, primero contra el Dios del cual fue sombra, después contra *lo otro* de sí a fin de recrearlo como inédito dios ya de un mundo del que toda huella de *lo sa-*

¹⁵ Será en nuestro siglo Heidegger el que más nítidamente desenmascare este enmudecimiento de *ser*, esta clausura del *ser* en el pensamiento de un *sujeto* que ha olvidado la senda liberadora que le llevaba hacia el antiguo *fuera de sí*, hacia la temporalidad del *a-peiron*, hacia lo no pensable como fuente de todo lo pensable. Cf. al respecto M. HEIDEGGER, *Platons lehre von der Wahrheit* (1942); trad. cast. A.W. de Reyna, *Doctrina de la verdad según Platón*, Chile, s.f.

¹⁶ La «moderna» aceleración de ese proceso abre los ojos de Occidente a sus *cárceles imaginarias* de la mano de Piranesi y por primera vez nuestra cultura recompone, trémula, el drama de su propia premonición de futuro en el espacio real.

grado ha sido borrada, diluida en la tinta de la escritura que sólo se reconoce a sí misma.

Desde Agustín de Hipona¹⁷, el modo de ser de lo «europeo» se regirá por el único Dios *creador* del mundo que tuvo que darse en alimento a la insaciable hambre de su *Lógos*. La conciencia de su humana posibilidad de creación, la codicia desatada de creación de su propio mundo —como *humano*— exigía el fatídico sacrificio de la más valiosa presa. Magnicidio tal legitimaba para la Cultura la táctica hegemónica de la violencia. Liberaba la autonomía de la agresión en el trato con las desacralizadas cosas.

La contendencia transformadora y creadora del *Lógos* sobre una realidad desacralizada sólo podía ser equivalente a la del Demiurgo judeo-cristiano de la creación del cosmos desde la nada. Y el *espacio* de la violencia creadora no sería otro que el lugar del crepúsculo, el Occidente del exilio, la tierra a la que va a morir toda la luz. *Hijo del barro* que en desafío supremo al Padre anhela crear sus propios «hijos» a su humana imagen. Este es el tipo de soberbia que define «lo europeo».

El ímpetu obsesivo por el objeto de su creación removió toda la ceniza del respeto a la muerte y confeccionó en su espíritu un futuro de palpitaciones mutadoras para construir sobre la tierra el secreto ideal de su interiorizada «divinidad». No fue *Dios* el íntimo culto sino la capacidad demiúrgica despertada en el Hombre y trasferida a él que lo alzaba al nivel de Dios, pese a hallarse en las regiones de la oscuridad, en la conciencia de la finitud.

El cristianismo pondrá el ser del Hombre en manos de Dios y este «estar en sus manos», este ser *en* El y *por* El nutrirá la confianza en el demiúrgico poder de los sujetos. Postulará por tanto, no una subsunción y una fusión de la esencia del Hombre en la divinidad, en *lo sagrado* —como en Oriente generalmente ocurre—, sino lo insoslayable de una individualidad que necesita existir y ser, no anulada en Dios sino *vinculada* a El desde su propia conciencia creadora, desde su humana esencia viva y libre¹⁸. Para tan arriesgada operación de vínculo —sobre el vacío— el cristianismo se verá en la necesidad de obtener del pensamiento griego los elementos platónicos y neoplatónicos necesarios en la mediación esencialidad humana-esencialidad divina.

El *libre albedrío* de Tomás de Aquino apuntalará el *libre albedrío* agustiniano y reforzará esta individualidad del Hombre y su alojamiento en el mundo visible y real, ordenado y creado, compatible con su adhesión a Dios¹⁹.

¹⁷ «Que hay, pues, que no pueda servir al alma —escribe— de recordatorio de la primera henmosura abandonada, cuando sus mismos vicios lo aguijan a ello? Porque la sabiduría de Dios se extiende de este modo de uno a otro confin, y por ella el Sumo Artífice coordinó todas sus obras para un fin de hermosura». Cf. SAN AGUSTIN, *De la verdadera Religión* 39,72 (*Obras*, BAC, III).

¹⁸ «No quieras —aconseja Agustín de Hipona— derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad». Cf. *Ibid.*, 39,72.

¹⁹ «Existen, pues, dos clases —afirma— de verdades divinas, una de las cuales puede alcanzar la razón con su esfuerzo y otra que sobrepasa toda capacidad suya, ambas se proponen convenientemente al hombre para ser creídas por inspiración divina». Cf. SANTO TOMAS, *Suma contra los Gentiles*, I, c. 4 (BAC, I).

En este ascenso progresivo de la conciencia histórica europea, el Renacimiento reafirmará una libertad sustancial al Hombre como la previa operación a la más directa confirmación universal del desértico mundo enmudecido. En virtud de la tensa mirada sostenida con Dios sobre el abismo, pudo imponer dentro de sí su humana razón de ser, su propio modo de cumplir su destino en el mundo de su realidad no ilusoria, en el creado y abandonado mundo de la *zona de penumbra* entre dos orígenes que es la Historia, y asumir ésta al fin como el territorio —único— de la posibilidad y del proyecto por cumplir.

Reafirmar su violencia creadora contra la violencia creadora del Dios judeo-cristiano será algo específico, ya delatado por Nietzsche²⁰, del alma occidental nutrida en la soberbia de una Razón inimaginable para la experiencia oriental de la realidad en ese absoluto respeto y abnegado aniquilamiento de la vida en *lo divino* que la caracteriza.

Es en la *zona de penumbra* que se llama *Historia* donde la batalla del siempre inacabado proyecto de lo eterno se hace sangre, sangre vertida, *herida* desangrada como condición del modo de ser de «lo europeo». En esta batalla, sin embargo, la esperanza lo sobrevive a sus reiterados fracasos. La Historia, así, es esa indómita esperanza *en escena* de una imposibilidad de vivir *más allá de sí mismo* sin renunciar a ese *sí mismo*. La agudizada conciencia del límite y la consecuente soledad abismal es lo que le empujará a la objetivación desesperada de su más recóndito sueño: ver de Dios creando, configurando estructuras para un ignoto mundo esta vez ya *humano*, esta vez ya infundido por el sopro creador de un *sí mismo* que desata su esencia y la libera diseminándola sobre la realidad objetiva de una *Segunda Naturaleza*, más «hija» suya que del omnipresente Dios asesinado. Una *Segunda Naturaleza*, que desde la nada iguale su conciencia a la del Dios omnipresente y derrotado para siempre en el acto supremo del atreverse a soñar su propia eternidad.

La tarea infinita.

Occidente ceba su voluntad con la *utopía*, acrece por ella su *conatus* onírico e iluminativo con el que persevera en su reinventado y huidizo ser. Su único descanso se lo dará la consumación del *paraíso* en el mundo que vive como angustia y que, como cadáver, es el mundo de un horizonte por llegar, de un *devenir* por ser. Occidente, con su obsesión creadora, que paralelamente es irracional y destructiva, quiere *renacer*. Pues no es *suficiente* haber nacido. Ilustrado finalmente su trágico destino quiere cumplir en él «la eterni-

²⁰ Son varios los momentos dentro de la prodigiosa obra del autor en los que este problema se plantea en los términos más contundentes y radicales. Uno de ellos puede localizarse en *Die fröhliche Wissenschaft (El gay saber)*, 1882; trad. cast., Madrid, Narcea, 1973, pp. 241-243.

dad de todas las cosas, quiere profunda, profunda eternidad.²¹ Oriente, en su Obsesión anuladora, disolvente en lo divino, quiere volver al origen indiferenciado de la totalidad. Pues no era *necesario* haber nacido.

El modo de ser de «lo europeo» surge, pues, de la dramática interiorización en la experiencia del fracaso de ser acabada plenitud que le hace ver sólo *en sí mismo* la posibilidad de realización de su futuro; cargar sobre sí mismo, y contra sí mismo, la libertad de su vida y de su muerte; armarse así con fuerza de voluntad necesaria e ineludible para el cumplimiento histórico de su desesperado proyecto de perpetuación. Sed insaciable para un tipo de hombre que vive su existencia en la forma de ese sol de justicia cayendo sobre las dunas de su figura y de su vida, arrastrando la cadena de sus días como la más grave fatiga, y al cual la voluntad de dominio en su perturbada Razon ha sacudido un nocturno descanso que desde Job escenifica el sueño de su *ucronía*. Aquello que hará posible este sueño, que consumará las fases de su plan terrestre, será la compulsión de la utopía realizable con la aceleración de la Historia por la revolución. La angustia de su límite le dispara hacia lo que, en su subjetividad más hermética, acaricia como ilimitado. Una huida de sí obliga perentoriamente a «lo europeo» a reconciliar *en la realidad* el dolor que se impone una existencia tormentosa en descenso hacia la muerte o el dulce manjar distante de una verdad *vivable* como perpetuación en el *abí* del ser cumplido. Y el resultado de tan abrasadora reconciliación —precisamente porque nunca podrá ser— es una Historia que multiplica sobre *lo otro* su violencia y que aniquila *lo otro* en su no realizado deseo, en su desmedida pasión por aferrarse a todo sentido.

Sobre estas bases creemos entender aquel nuestro Alonso Quijano. Adquiere las dimensiones de un transgresor universal —incluso de las medidas de un mundo diseñado por Dios— porque en la aceptada vivencia de su locura y en la objetivación de su irrealidad escribe con hechos la sustancia del modo de ser de «lo europeo». En su inflamada renuncia a una realidad cotidiana sentida como sórdido tiempo secuenciado y en su determinación exaltada por traer a fin su idealismo, traza los elementos definitorios del modo de actuar y de esperar del hombre europeo de la Modernidad.

Sobre estas bases hemos de entender también la Historia de Occidente: un inmenso páramo de cenotafios erigidos a sus aspiraciones...

Y el mundo «América»: ese cenotafio máximo que la moderna alma europea, atormentada de perseguirse a sí misma, erigiera como la tierra de la ucronía *en el tiempo*, como el paraíso celeste en el espacio de la vida mundana, como la tierra de la promesa y la felicidad que el errante pueblo de Yahvéh había interrogado. La empresa «América», como el reino realizado del paraíso, como la patria perdida de lo invisible, fue uno de los grandes ejes oníricos desde lo que se derramó la moderna subjetividad europea. A partir

²¹ Cf. *Ibid*, *Also sprach Zarathustra (Así habló Zarathustra)* 1883-85, ed. cast. E.L. Castellón, Madrid 1982, «La canción del noctámbulo», 11, p. 285.

del siglo XVIII el norte angloamericano encarnaría la tensión de la esperanza, la construcción real de la *polis* en la que se ejecuta la utopía política. Latinoamérica, en cambio, será en cada generación su doloso negativo. Crecerá en la nostalgia de esa utopía inaccesible y en la conciencia del fracaso de su imposibilidad. Ambas tan hondamente europeas, tan indisolublemente unidas a su antinómico destino de infinitud atrapada, enmarañada en las redes de un *Lógos* que le infundió la seguridad y soberbia para el desafío al Dios y su final suplantación creadora, pero también la desgarradora conciencia de la incapacidad de vencer esa guerra.

La nueva perspectiva de la interioridad cristiana materializada en Lutero, y radicalizada en las derivaciones calvinistas, siguió inyectando a esa pulsión de la quimera la ciencia técnica del *realizarse*. Una forma de dominación ejemplarizada en lo que Max Weber denominaría «burocratización»²² y que conferiría la dosis de garantía salvífica suficiente como para emprender con mayor celeridad el portentoso designio de transformación y control del espacio social y físico de la utopía.

Con avidez, pues, en la sistematización organizadora del proyecto de salvación, Europa asiste al desvanecimiento de su fascinación por la creencia de *lo sagrado*. Se arma de la libertad para traer *acá* un *más allá* cristiano sentido como inadmisibles. Ambiciona poner en marcha la ensombrecida *mecánica* sobre horizontes de los cuales, con indecible tristeza, ha visto huir toda experiencia de *lo divino*. El mundo desde entonces se hará comprensible a la sola y material lectura de la *mercancía* que garantiza la personalizada «salvación». De la mano de la *Razón tecno-científica*, legitimadora última en los Estados-nación modernos de la dominación burocrática, el pensamiento en sus conquistas desde la atalaya inexpugnable del *cogito* dispara la encarnación de la quimera. Y lo hará con la *pasión* del máspreciado anhelo en su aterida subjetividad, salvaguardándola así como la única vía de conexión entre la intangible realidad que aún *no es* y el tiempo tangible que la hunde...

En el ascenso de la burguesía como *clase*, en cuyo seno vendría a ejecutarse la *positividad* de la utopía a lo largo de la Modernidad, es donde proliferará una vivencia de las relaciones sociales entre los sujetos ya absolutamente desenmascarada y desvinculada de todo motivo que no sea el *material*, vale decir, aquel que atañe a los contenidos de la *infraestructura* Marxiana²³.

Es en este contexto donde las formas de producción y organización capi-

²² Para una mayor profundización en el significado e implantaciones de este concepto en el contexto socio-político y cultural de la Modernidad europea, véase A. MITZMAN, *La jaula de hierro: una interpretación histórica de Max Weber*, Madrid, 1976.

²³ Al respecto de una concepción materialista de la Historia y de las relaciones sociales, tanto Marx como Engels apuntarían reiteradamente la idea de que «un determinado modo de producción o una determinada fase industrial lleva siempre aparejado un determinado modo de cooperación o una determinada fase social. Se manifiesta, por tanto, una conexión materialista de los hombres entre sí, condicionada por las necesidades y el modo de producción; conexión que adopta constantemente nuevas formas». Cf. C.H. MARX, F. *Die deutsche Ideologie (La ideología alemana)* 1846, trad. cast., Barcelona, Grijalbo, 1970, pp. 30-31.

talistas alcanzan a ser la transparencia objetiva de la legitimada dominación burocrático-política sobre un desacralizado mundo. Condiciones éstas bajo las cuales la Razón *tecno-científica* se convierte, por su parte, en el «modo» en que se aplica tal dominación a la esfera del conocimiento y a la experiencia humana en la relación con la esencia de las cosas²⁴.

En aquel *Lógos*, por consiguiente, habitaba ya el germen de un *desanimado* confin de lo humano a la espera de su siniestra respuesta, densificando la energía para su implacable conquista.

Así, contemplamos Hoy cómo esta pulsión «Europa» ha ocupado hegemónicamente todos los «templos» del Dios, los «valles» del Dios, los «desiertos» del Dios; se ha hecho visible sin El en cada muro de la conciencia subjetivizada del mundo y, espectador en su angustia, se ha proyectado hacia el vacío interestelar escrutando más *alteridad*, ese codiciado alimento que la insaciable condición de destierro y de rapiña exige. *Apatridia* en suma... Una *apatridia* diseñada finalmente para todos los humanos de este planeta. Hoy «la apatridia —escribe Hiedegger— se convierte en destino universal» (...) «Lo que Marx —viniendo de Hegel— ha reconocido en su sentido esencial y significativo como alienación del hombre, alcanza en sus raíces a la apatridia del hombre moderno».²⁵

Algunos siglos apenas han bastado para que la vírica universalidad dominadora proliferara en todos los campos culturales de tan milenaria Tierra. Proyectó su bíblica promesa del «paraíso en la tierra» al racionalizar el selvático espacio «América». Pero al condensar en mayor gravedad el rostro real de su muerte, abandonó ese proyecto al azar porque tampoco *ese* realizaba su sueño; su sueño... nacido de tanta masacre interior que, exteriorizado en pesadilla, se expandía como masacre exterior en aquello que encarnaba. La utopía del ser «Occidente» se volvería la pesadilla del tacto de Midas a partir del cual el mundo pierde su específica función en manos de lo que para *protegerse* de sus propios fantasmas sólo extermina. Y lo que construye no será ya nunca más lo que era; arrancado del tiempo de los ciclos entrará para siempre en el carácter de *devenir* de su dominador y como él evolucionará también *continente*, infinitamente *inacabado*.

«Europa», por tanto, no es —quizá jamás lo fue— un espacio de realidad geográfica, sino un *modo de ver*, una proyección onírica y trágica con generaciones de miradas incendiarias, que abrasa lo que toca y lo moldea a su imagen; que no *deja estar* a las cosas porque algo remotamente inagotable le empuja a no hacerlo, algo que sólo conoce afirmación, y que le niega ahora. Porque es Hoy cuando aquella Razón *tecno-científica*, instrumentalizada durante siglos hasta la devastación de su objeto, más libera sus verdaderos espectros, intolerantes y exterminadores, en el silencio de los silos nucleares o

²⁴ Relación que Heidegger en su *Doctrina de la verdad según Platón* del año 1947, tan magistralmente analizaría. Cf. la trad. cast. de A. Wagner de Reyna en M. Heidegger, *Ibid.*, Chile, s.f.

²⁵ Cf. M. HEIDEGGER, *Carta sobre el humanismo*, *Ibid.*, p. 197.

en el control del bullicio trepidante de las masas miserables de la Tierra. Porque es Hoy, sin embargo, cuando por primera vez negado junto al precipicio revive aquel afán antiguo de ser pábulo para el origen del que se supo siempre derivada pulsión. Y es también Hoy, cuando a las multiplicadas «jaulas de acero» de su *Segunda Naturaleza* desciende de nuevo el anunciatorio ángel crepuscular que le ilumina, en su violencia, *lo misterico* (no ya como fuerza impulsora hacia la vida, sino como conciencia tanática que ahonda nuestra voluntad del olvido).

Hoy, en este final del siglo y de milenio, con el campo arrasado por la orgía de todas las guerras, que no es sino la de su propia esquizofrenia hecha «civilización», comienza la más lúcida fatiga: «Europa» invadió el mundo para resistir su sed de infinitud en las redes de la finito, para crecer en sus respuestas, para convivir con el frágil estado suicida de su acumulada sabiduría sobre la condición de *fracaso* del Hombre. (Quizá aquí residió su riqueza). Hoy no puede cerrarse contra su destino. La *dominación* debe dejar paso a la *escucha*, a la palabra de esa otra *alteridad* aún posible. No se trata de abolir de la conciencia un pasado de exterminios civilizatorios sino plasmar los ejes de un futuro que crezca realmente *universal* y sólo podrá hacerlo si es heterogéneo, mestizo, bastardo como lo es el propio ser «europeo». Un futuro que evite encubrir con el olvido o con la *mediática* fabulación la global Historia humana. Un futuro que *crezca* universal desde la responsabilidad suya de violencia y de muerte. Con su carga de aniquilaciones asumida, la universalidad creadora sólo podrá valorarse por el nivel de aceptación de *lo otro*. Y por el aprendizaje también para saber afondarse de nuevo en una experiencia de *lo sagrado* que no haya elegido sólo la senda de *lo siniestro*.

Enero 1994